

«La poesía siempre ha sido el poder y la renovación que desplaza los límites. El amor es su patria, la insumisión su ley, y su lugar está siempre en la anticipación.»

Alfonso Kijadurias



Sábado 7 de noviembre de 2009

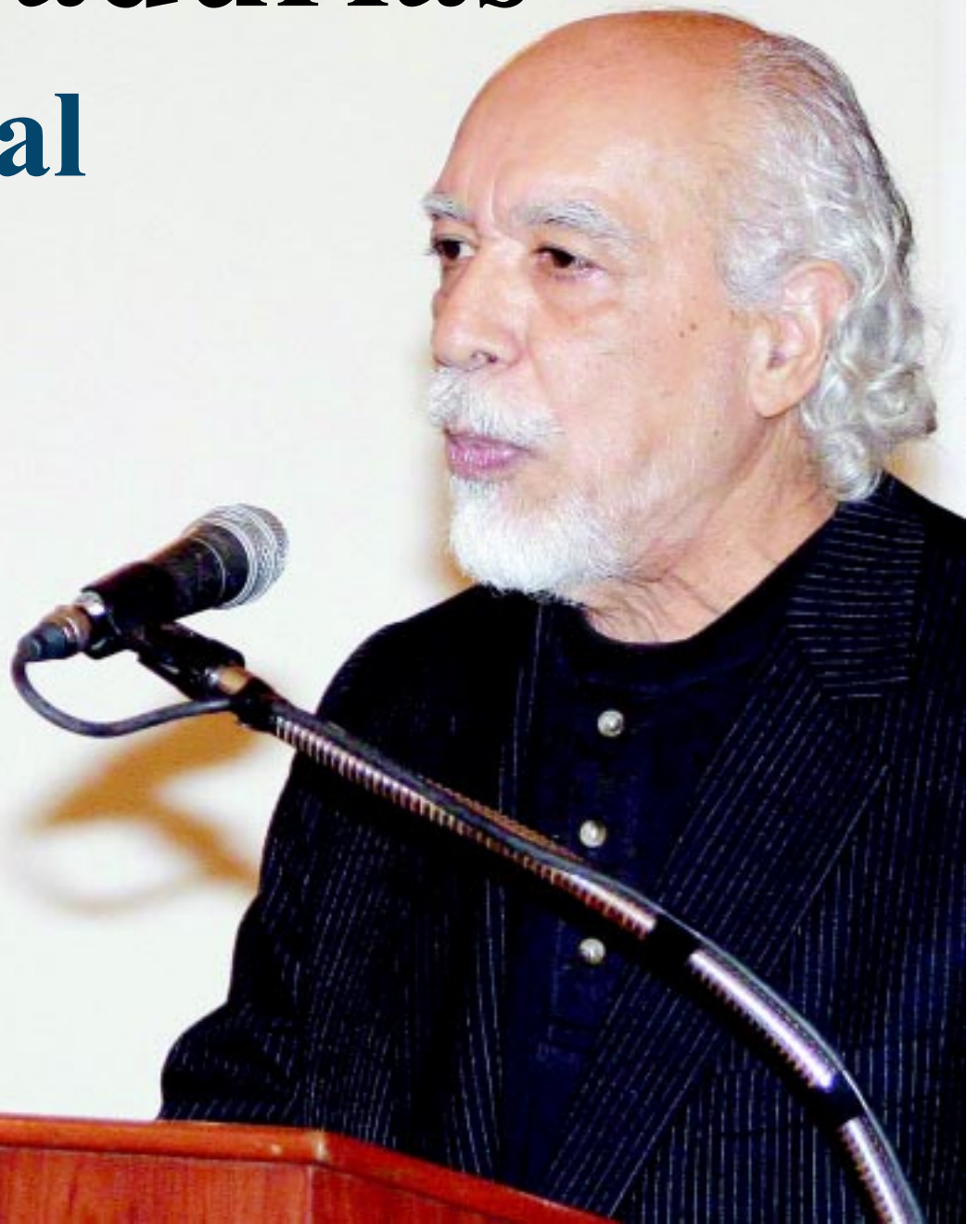
1026

Suplemento Cultural Tres Mil
Diario Co Latino
MÁS DE UN SIGLO DE CREDIBILIDAD

| FUNDADO EL 24 DE MARZO DE 1990 |
| AÑO DIECINUEVE | SEGUNDO CENTENARIO |
www.diariocolatino.com

Alfonso Kijadurias

Premio Nacional de Cultura



El poeta Alfonso Kijadurias en el momento de pronunciar su discurso de aceptación del Premio Nacional de Cultura el pasado 5 de noviembre en Casa Presidencial. Foto Diario Co Latino. Melvin Rivas.



SI HAY **DESAPARECIDOS** NO HAY PAZ
¿DONDE ESTÁ
ARQUÍMIDES CRUZ?

Discurso de aceptación del Premio Nacional de Cultura «He aceptado para la poesía el reconocimiento que aquí se le rinde»

Alfonso Kijadurías

Pocas veces se ha visto en el país semejante unanimidad. Eso imperó en el ambiente cultural salvadoreño cuando se conoció el nombre del ganador del premio Nacional de Cultura 2009 en la rama de Poesía:

Alfonso Kijadurías, el poeta quezalteco, la leyenda. Reproducimos el discurso de aceptación que pronunciara ante la nación a través de la señal de Canal 10 el pasado jueves 5 de noviembre.



El poeta Alfonso Kijadurías en el momento de recibir de manos del Presidente de la República, Mauricio Funes, el diploma que lo acredita como Premio Nacional de Cultura 2009. Lo acompañan la primera dama Wanda Pignato y la Secretaria de Cultura, Dra. Breni Cuenca. Foto Co Latino. Melvin Rivas.

Comienzo primero por dar las gracias, una palabra común en todos los hombres que en diferentes épocas y lugares la han pronunciado con reverencia y humildad. Es la misma gracia que concede Dios a los hombres para salvarlos del error y la muerte. Es de igual manera el perdón, indulto, favor y beneficio, así como el don de saber expresarse a través de las diferentes expresiones del arte o de la ciencia, también el gesto que evidencia claridad espiritual. Todo aquel que ha sido merecedor de la gracia, el agraciado, sino tiene la soberbia como escudo, da las gracias. Eso es precisamente lo que yo manifiesto en este instante con estas palabras, que espero puedan a través de ellas descubrir cada uno de ustedes la mezcla de temor, reverencia y asombro que me invade. He aceptado para la poesía el reconocimiento que aquí se le rinde, ya que la poesía no recibe honores a menudo, sobre todo en esta época donde la disociación entre la obra poética y la actividad de una sociedad sometida a las servidumbres materiales pareciera ir, como nunca antes, en aumento. Ya se trate del sabio o del poeta, lo que aquí se honra es la imaginación. La poesía siempre ha sido el poder y la renovación que desplaza los límites. El amor es su patria, la insumisión su ley, y su lugar está siempre en la anticipación. La poesía nada espera sin embargo de las ventajas del momento. Atada a su propio destino y libre de toda ideología, se reconoce igual a la vida misma, que nada tiene que justificar de sí misma.

Doy gracias a la Universidad José Simeón Cañas, al jurado y a los poetas hermanos por concederme el honor de restituir este homenaje a la poesía, es decir mucho más que a los libros que he escrito, parodiando a Borges, a los libros que he leído, a los autores de esos libros que me han acompañado y siguen acompañando, y bajo cuya poderosa influencia han determinado un estilo, una manera de escribir y aún de guardar silencio, partiendo de que todo poema tiene como origen el silencio. El mejor homenaje para un poeta, para un escritor es que sus libros sean leídos, ganen el fervor de sus lectores. Sin los nombres de Salarrué, Claudia Lars, Italo López Vallecillos, Roque Dalton, y Roberto Armijo, así como los nombres universales de Ruben Darío, César Vallejo, Jorge Luis Borges, Octavio Paz, y otros poetas de diferentes regiones y diferentes lenguas, mi obra poética no hubiera sido posible. No creo, tener un dominio absoluto sobre el lenguaje, por un lado la palabra «dominar» por su rigor militar no forma parte de mi léxico, pero en últimas circunstancias preferiría decir que soy dominado por las palabras y que me dejo ir con ellas hacia donde ellas me lleven. Siempre ante la página blanca siento la duda y el temor del principiante. Todo libro es un diálogo con las deudas que uno tiene con las voces que le ayudan a vivir. Con el correr de los años y a medida que los poemas o los cuentos han salido de mi cabeza, he llegado a la certeza de que ni el esfuerzo ni la disciplina ni la convicción

lo salvan a uno del error, también de que se puede fracasar y tener éxito al mismo tiempo, y que estas dos palabras no son sino rostros de una misma moneda. El poeta escribe para desaparecer en cada libro, fiel a sus guardianes, el gozo y la invisibilidad. La celebridad y el olvido son hermanos gemelos. La vida coge un sendero, la obra otro. A veces las obras se acaban antes que la vida y dejan de recibir atención. Y el que tuvo reconocimiento ahora continúa trabajando en el olvido. De esa paradoja ningún artista, ningún ser humano se escapa.

La poesía es un rasgo que aparece en todas las civilizaciones y desde siempre ha estado íntimamente asociada a la religión y la mitología. Los aztecas, por lo que sabemos, recitaban, cantaban y danzaban sus poemas. En muchos otros pueblos los poetas eran considerados videntes, adivinos o profetas, de hecho la palabra poeta deriva de la palabra profeta, el que predice, el que posee el don de la profecía. El que por algunas señales, conjetura y anuncia el fin de un ciclo y el advenimiento de otro. El que anuncia las catástrofes o el fin de ellas o el advenimiento de un nuevo orden universal. Según Octavio Paz, esta fue una creencia generalizada que tiene su explicación, ya que el poeta conocía el futuro porque conocía el pasado, su saber era un saber de los orígenes. La influencia de la poesía fue igualmente profunda en otras esferas, sobre todo en la relacionada a la vida íntima. El erotismo, la amistad, el placer, la piedad, ante los dioses o ante el prójimo desdi-

chado, la soledad, la melancolía, los reinos frágiles de la memoria. Los poetas nos ayudaron a conocer las pasiones y, así, a conocernos a nosotros mismos: la envidia, la sensualidad, la crueldad, la hipocresía y, en fin, todas las complejidades del alma humana.

La literatura es hija de la contradicción. Una cosa es la contradicción, y otra cosa es la coherencia con esa contradicción. Siempre he creído, que el compromiso del escritor es con su propia obra, devolver a la tribu lingüística a la que pertenece un lenguaje diferente del que existía al empezar su creación, agregar una rama al árbol de la literatura. No se trata de enunciar en poemas y novelas la buena nueva de la justicia revolucionaria que acabará con la desigualdad y la opresión; se trata de defender la libertad de la imaginación. La cuestión de la literatura es inseparable de la cuestión política porque la libertad de expresión literaria es un aspecto de la libertad de todos los ciudadanos, la lucha del escritor en contra de todo tipo de censura es parte de la lucha general por los derechos humanos, y esta libertad de que gozamos los escritores salvadoreños estará amenazada mientras la democracia no sea una realidad plenaria en los otros órdenes de la vida del país.

Como ser humano, vivo el drama que aún vive mi país, prisionero de la doctrina, según la cual sólo existe una verdad a la que deberíamos consagrar toda nuestra vida y un solo método para alcanzarla y un único

cuerpo de expertos calificados para descubrirla e interpretarla, esa doctrina puede adoptar diversas formas: el estalinismo y el fascismo son sus más acabadas definiciones. La violencia, más que la paz sigue imperando en nuestro país, porque la paz es incompatible con la miseria y la desigualdad social. No existirá paz si carecemos de una verdadera cultura democrática. Una cultura que favorezca las manifestaciones de la mejores formas del talento creativo y el acceso a ellas del mayor número de personas capaces de disfrutarlas y valorarlas con un criterio soberano, no manipulado por sutiles o explícitas coacciones de la ideología, del comercio o la moda. Para ello todos los salvadoreños y salvadoreñas, necesitamos un periodismo claro, que no enturbie el agua para parecerla más profunda, un periodismo que nos haga un relato de cómo son las cosas, no como los magnates de la política o los amos del dinero quieren que sea, el lector aficionado, el artista en ciernes, necesita educar su criterio con informaciones rigurosas y críticas no corrompidas por el compañerismo o el capricho. Fortalecer prejuicios, navegar con la corriente, dar más al que ya lo tiene todo, disfrazar el conformismo de disidencia, la corruptela con la integridad, son vicios comunes en sociedades poco ventiladas: contra ellas no hay más antídoto que un ejercicio permanente del juicio personal alumbrado por un periodismo que ofrezca conocimiento y transmita observación serena, crítica, curiosidad y entusiasmo.

¿Qué le estamos diciendo a la juventud acerca de crear un mundo mejor? Que todo el medio ambiente o miedo ambiente como prefiero llamarlo, la economía, el desempleo, que todo es peor, que no hay esperanza. No proponemos un mundo mejor, en vez de eso les decimos que vamos hacia un mundo más oscuro.

Mientras haya miseria habrá violencia. Y mucho más violencia trae una modernidad divorciada de nuestras tradiciones. Por eso desde la época romántica, los poetas hemos desconfiado de la modernidad, porque hemos visto en ella la caja de Pandora de todos los males. El progreso es bienvenido cuando sirve a la vida, cuando salva a los seres humanos de las catástrofes naturales o las provocadas por la irracionalidad de los seres humanos, el progreso es bienvenido cuando ofrece a los más vulnerables recursos para salir de su miseria, el progreso es negativo cuando se construyen armas y trampas para la destrucción, o cuando en medio de la crisis económica, que siempre golpea a los más pobres, se alaba, a través de un sistemático bombardeo televisivo, las bondades del consumismo. El progreso es negativo cuando los poderosos ofrecen pa-raguas en verano para luego reclamarlos cuando comienza a llover. El Progreso se convierte en una peste cuando vuelve a los capitalistas mas voraces y crueles. El pro-greso es el infierno cuando en nombre de ese mismo progreso se abusan y violan las leyes de la naturaleza. La naturaleza puede vivir sin el hombre, no así el hombre sin la naturaleza, ha dicho un sabio japonés. La

modernidad, al haber perdido su relación con la naturaleza y el espíritu se ha convertido en la filosofía de la muerte. El progreso es negativo, cuando el banquero huye con los ahorros de su clientela o cuando los representantes o dirigentes de la cosa pública, intoxicados de ideologías simplistas y simplificadoras, entorpecen las pocas salidas a la crisis económica y espiritual en que vive la gran mayoría de salvadoreños y salvadoreñas. Por desgracia esas salidas continúan, según mi intuición poética, con el muro de la megalomanía, la ambición desmesurada, la prepotencia o simplemente la maldad egoísta.

Nuestro país, necesita con urgencia ser reinventado. Las últimas elecciones, las primeras en que la oposición encabezada por el Presidente Mauricio Funes ganó las elecciones, demostraron a la comunidad internacional de que en nuestro país había triunfado la razón y la imaginación, de que dejábamos atrás la matonería y la machocracia, y que había nacido por fin de nuevo la esperanza, el optimismo: quiero seguir creyendo en ello, sin importar a mi lista de calificativos la de ingenuo, al fin y al cabo sin la ingenuidad, hermana gemela de la inocencia, la poesía y la utopía serían imposibles. Ingenuo fui cuando cayó el

muro de Berlín, pues creí que con el muro caían además de las ideologías, los muros de concreto de la mente. Ingenuo fui cuando creí que tras los acuerdos de paz, dejábamos atrás un mundo de frustraciones, miserias y engaños. La realidad se encargó de quitarme las escamas de los ojos y la cera de los oídos. En todos estos años, hemos vivido un mundo de mentiras. Puedo sin temor a equivocarme que todo enunciado oficial no fue otra cosa que una mentira. Todos los informes y despachos de los altos funcionarios del gobierno fueron mentiras; por último, hasta la mayoría de expresiones patrióticas no fueron otra cosa que mentiras puras... Quiero seguir creyendo que la razón o la luz ocupan el lugar que un día ocuparon las tinieblas, y de que es posible lo imposible, vivir en un mundo sin el terror que engendra la miseria y la injusticia, en un mundo más humano.

El poeta, el escritor, es además de testigo y parte de su tiempo, el guardián de las palabras. Cuando las palabras pierden su sentido o su significado, debido a los usos desmesurados que de ella hacen la demagogia o el mercantilismo, la obligación del poeta, del escritor, es renovarlas, reinventarlas, devolverles su valor, ese valor, que por fortuna, nada tiene que ver con el dinero. La palabra es la más ligera de las cosas y lleva en sí todas las cosas. La acción es un lugar, un instante, la palabra es todos los lugares, todo el tiempo. La verdadera poesía no ha sido nunca ni será la claridad ni la evidencia, sino todo lo contrario, la que se adentra en la oscuridad del mundo.

Hace dos días que regresé de Vancouver, Canadá, al llegar a mi vieja casa de Quezaltepeque, era de noche, una tormenta tropical me dio la bienvenida. Luego que pasó caminé hacia el centro del patio, en donde tuve la suerte de descubrir entre las piedras, guiado por su croar a un pequeño sapo, sobre el cual antes de dormir escribí este pequeño poema, que espero les devuelva el risueño resplandor de la poesía.

EL SAPO

Refugiado entre las piedras
He descubierto un sapo, un ojo
cerrado
El otro abierto, mirándome.
Es Dios lo sé. Dios que me habla
Con un ojo abierto, el otro cerrado.
Cuando Dios habla a los humanos
No le gusta que escuchen su voz,
Tampoco que lo entiendan
Porque ese es un problema para
quienes
Como yo,
Pretenden entenderlo todo sin
entender nada.

Muchas gracias.



Kijadurias. Foto Co Latino. Melvin Rivas.

Sobre los intelectuales y la intelectualidad en El Salvador (I)

Alejandro Masís | Poeta y escritor salvadoreño

Hay que definir con exactitud el sentido en que tomamos el concepto y el rol de intelectual, si es que se pretende consumir un proyecto que aglutine a elementos representativos de este sector. Igual hay que establecer objetivos que apunten a acciones concretas que sólo el intelectual puede y debe realizar. Al hablar del trabajo intelectual no se puede andar con ambigüedades. No se deben acomodar posturas ingenuas y subjetivistas, ni tener como base de trabajo la improvisación. En este campo lo privativo es la verdad, la ética, la conciencia crítica, el espíritu revolucionario y la solidaridad. Con estos postulados se definió, hace unas cuarenta décadas, a través de intensas polémicas y debates, el papel del intelectual en Latinoamérica. En esa ocasión se delimitó, taxativamente, la responsabilidad de los escritores y pensadores, es decir, de los intelectuales, en un ámbito determinado del quehacer cultural.

En El Salvador, esta cuestión sigue sin ser dilucidada, a pesar del aporte de algunos escritores de la Generación Comprometida, movimiento que tuvo el mérito de proclamarse desde el seno de una realidad política que es de las más coyunturales de la historia salvadoreña, pero que en un sentido estrictamente cultural no llegó a perdurar para dar el salto de calidad que los intelectuales latinoamericanos dieron a partir de la década de los sesenta del siglo veinte. Menciono, a propósito, que la presencia en la historia literaria salvadoreña de otros escritores posteriores a esa época, así como el análisis de sus creaciones y la valoración de su calidad artística, es un estudio que está por hacerse, y si se suma a esto la disimilitud de ideas y opiniones sobre el tema, resulta imposible clasificar el potencial que ha quedado sin ser aprovechado en las tareas de organización del intelectual salvadoreño.

Otro aspecto, que es más bien otra faceta del mismo problema y que amerita un cuidadoso estudio, es el impacto que tuvo la guerra, al romper la tradición grupal y generacional, con sus consecuencias temáticas-estilísticas y la influencia en la psicología del escritor. En su tesis *El Salvador Modelo por Armar* (parodia del título de Cortázar), David Hernández incursiona, con relativa agudeza, en algunos momentos cruciales de la historia literaria de El Salvador, lo que puede tomarse como aporte para entender mejor esta situación. Me gustaría tener disponible esa investigación como fuente de estudio para ampliar el tema en un tiempo futuro, y tal vez encontrar respuestas a los vacíos que dejó el periodo señalado.

El acontecer artístico y literario salvadoreño de los últimos cincuenta años, si se ve en la perspectiva de proceso y desde una óptica que advierte más la dispersión que los intentos de agrupamiento, produce tristeza al observar la gama de imprecisiones y confusión en que hemos andado, siempre luchando contra el remolino de las contradicciones internas. Las asociaciones de escritores (entiéndase poetas, narradores ocasionales y

periodistas), todas sin superar la característica de grupúsculo y de efímera existencia, optaron por la estrategia de aparentar ser numerosas, aliándose con los artistas (creadores plásticos casi todos), y esto al final resultó en la ruptura abortiva de todo proyecto, porque no se puede llenar un costal con una miscelánea de disciplinas donde diferentes visiones, ambiciones e intereses chocan unos con otros. En lo personal creo que estas alianzas, en nuestro país, se producen por la cercana influencia del éxito gremial de los grupos de artistas de la farándula y de las variedades, que aun con sus conflictos son más permanentes. O quizá también sea reflejo de otros momentos coyunturales de la vida nacional, en que fue necesario incentivar y encauzar la militancia política en un colectivo de trabajadores de la cultura. Pero esta es otra historia.

Visto así el panorama, me propongo refrescar ciertas nociones que nos permitan focalizar mejor el papel del intelectual en nuestro medio, es decir, apreciar con más justeza el lugar que, con plena conciencia, debe ocupar el intelectual, como escritor y como pensador, ubicándose en el centro mismo de la sociedad de donde ha surgido. Establecer también categóricamente su compromiso como creador y como ente de una vanguardia cultural que hoy, como en el pasado y como será siempre, se nos presenta con el compromiso fundamental de buscar y dar respuestas ante los asombros de la vida, ante las realidades de su pueblo y ante el genuino y único sentido del arte que marca su existencia.

El concepto de intelectual es tan amplio como el de cultura. Ambos engloban múltiples aplicaciones en su significación universal. Cultura son los valores distintivos de una idiosincracia, son las diversas expresiones artísticas, son las huellas dejadas por el ser en el tiempo y también el acervo acumulado por el ser mismo. De igual forma, intelectual es todo lo relacionado con el ejercicio del intelecto, es el ser intelectual y así también todo lo que no es sensorial. Lo mismo sucede con el concepto de literatura que, siempre en un sentido universal, se aplica a todo discurso o contexto, sea escrito u oral.

Estos tres conceptos también tienen, cada uno, una acepción particular originada por el uso práctico, la cual les es más propia precisamente porque su referente en el léxico se ha labrado a través de la práctica, por la necesidad de su uso que se ha impuesto acomodándose en el devenir histórico. Esto puede explicarlo la antropología filosófica, pero el presente trabajo no está concebido para tal profundidad. Por ahora sólo quiero aproximarme al análisis de una situación que en el presente está siendo muy sentida en el ambiente de la intelectualidad salvadoreña.

Decía que para los conceptos de cultura, literatura e intelectual resulta más apropiado, y de hecho es así, el uso de la acepción particular, porque eso es lo que se ha acuñado para distinguir rasgos y actividades que la conciencia colectiva define apropiándose de los conceptos. Así, cuando oímos que se rea-



El Intelectual. Tinta, acrílico, grafito, collage sobre papel Canson. Alfredo Sosabravo.

liza una actividad cultural no vamos a creer que hay un antropólogo diseccionando unos huesos o que se trata de una sesuda investigación lingüística o que un naturalista está hablando sobre adormideras. Lo que pensamos en primer término es que se trata de una actividad artística, y esto quizá sea así porque, aunque de inmediato no lo entendamos, la expresión del arte es la que tenemos más próxima y a nuestro alcance en todos los momentos de la vida. Parecido sucede con el concepto de literatura, pues si alguien me dice que hay un evento literario yo pienso que hay un grupo de escritores deliberando o que se trata de una lectura de poemas. De ningún modo voy a imaginar que alguien está contabilizando los versículos de la Biblia o discutiendo un anatema esotérico o explicando cómo armar el texto de un aviso clasificado, aunque todo eso sea literalmente literario.

Luego está el concepto que es el fundamento del tema que estoy desarrollando, y es el de intelectual, que drástica y absolutamente me remite a toda aquella actividad que no es material. Sin embargo, no voy a inferir que intelectual es todo aquello en lo que el ser humano participa conscientemente, ni a pensar que alguien es intelectual por el hecho de que tuvo que pensar un mínimo para realizar algún trabajo. La actividad cultural y literaria, si es consciente, ciertamente es un trabajo intelectual, realizado por un intelectual. Pero la condición de intelectual, como se entiende hoy, está referida en su acepción más particular y en un sentido más restrictivo, al creador de literatura, al escritor crítico y al ideólogo.

Lanzar hacia fuera la palabra intelectual es peligroso, sobre todo cuando hay muchos

«La Revolución Cubana, con su motor incontenible de cambios, obligó a revisar todos los procesos, todas las posturas, todos los métodos.»

oídos, y asimismo puede ser un riesgo no advertir la poderosa bomba que va a explotarnos en la cara con todas sus letras. Alrededor de 1970, Roque Dalton, que en apariencia permanecía prolongadamente fuera del país, fue señalado por sus mismos compañeros de generación de ser un desarraigado de su patria y de no tener ya nada que dar como escritor. La respuesta del poeta salvadoreño más representativo de nuestro tiempo fue la publicación de una de sus obras más significativas: *Las Historias Prohibidas del Pulgarcito*. Esto sucedía en El Salvador, cuando toda Latinoamérica aún se debatía, después de una década, forcejeando entre los escombros de las estructuras ideológicas del pasado y los vientos huracanados del nuevo horizonte de la Revolución Cubana. Los más pobres de los países más explotados, en una sociedad sin esperanza, los marginados y humillados, vieron un faro de redención y la hora de su libertad. El intelectual latinoamericano debía asimilar con prontitud el fenómeno, para coadyuvar esfuerzos por una nueva sociedad y ser un actor militante en la hora de las transformaciones.

La Revolución Cubana, con su motor incontenible de cambios, obligó a revisar todos los procesos, todas las posturas, todos los métodos. Había llegado el turno de demoler la ignorancia y derribar las quimeras que envenenaban el alma. La palabra estaba hoy en la calle con personajes de carne y hueso. El verso, la crónica, la narración, la proclama, el decreto, el edicto, se manifestaban con sangre pero victoriosos. Alguien dijo que la literatura había muerto y con ella los intelectuales. Pero lo que en verdad murió fueron los viejos procedimientos y los antiguos moldes. Los momentos grandiosos de lo que hasta entonces era mejor conocido como literatura de la América Hispana, con temas encendidos que agotaron tendencias como: el indigenismo, el criollismo, el regionalismo, el costumbrismo y otras de inclinación vernácula y aborigen, intempestivamente caducaron.

Aquí se da una división aleccionadora -que abona en mucho al presente comentario- cuando los líderes cubanos repartieron el trabajo cultural creativo haciendo una distribución práctica. Ernesto Che Guevara, con su ideario del Hombre Nuevo que se basaba en una entrega rigurosa al trabajo, estimuló la organización de brigadas, entre ellas la ampliación del frente de trabajadores de la cultura formado por artistas de todas las disciplinas, artesanos, periodistas y técnicos en varias áreas. Y por otro lado, Casa de las Américas, con intelectuales alineados en el trabajo revolucionario, como Alejo Carpentier, Roberto Fernández Retamar, Gabriel García Márquez, Mario Benedetti y el mismo Roque Dalton, entre otros, soltaron las primeras luces para que con las influencias propias de cada país y las nuevas corrientes literarias que empezaban a predominar, sobre todo en la narrativa, llegara a gestarse el perfil del escritor latinoamericano contemporáneo.

Memorias: Los pantalones de Schafik

Manlio Argueta | Web: www.manlioargueta.com

He terminado de leer el libro *Un golpe al amanecer*, de Rodrigo Guerra y Guerra, referido al golpe de estado en El Salvador, de 1979. Un acontecimiento histórico, como muchos otros, necesarios de registrar en búsqueda de la identidad democrática de nuestro país. Y más si quien lo escribe es testigo participante que nos relata las interioridades del golpe de Estado cuyos fines, evitar la guerra civil que se veía venir, fueron tergiversados. Y ya fue imposible parar el conflicto.

Pero me quiero referir a una observación hecha en este libro algo al parecer sencillo pero no por ello menos trascendentes sobre una personalidad política de El Salvador. Jorge Schafik es un referente histórico de los últimos cincuenta años de la historia política de El Salvador y, que en esta fecha cumpliría 79 años.

En la obra de Guerra y Guerra, página 25 se menciona un dato casi inédito en la vida del reconocido luchador por las causas sociales, dato que me anduvo en la memoria, y que ahora escribo. Me refiero a la empresa «Pantalones Mariscal» de Schafik, situada a una cuadra del Palacio Nacional, en Avenida Cuscatlán, donde ahora está situado el Banco Agrícola. Guerra y Guerra dice que visitaba a un hermano de Schafik, con quien eran compañeros de estudios, y que ahí lo veía «ayudando a cortar pantalones». Este es el testimonio que quiero ampliar en este trabajo:

A su regreso (1958) del exilio en Chile, Schafik crea una pequeña empresa de confección de pantalones. En realidad él no ayudaba a cortar los pantalones como se menciona en *Un Golpe al amanecer*, él los cortaba todos, en una época en que no se había industrializado la fabricación en serie de esa prenda de vestir.

Explico lo del corte de pantalones: Sobre una mesa de unos cinco metros de largo y un metro de ancho, colocaba los fardos de tela de un grosor apreciable; sobre la tela superior trazaba la línea de corte; luego, sierra eléctrica en mano, recorría la mesa siguiendo el perímetro del fardo. Culminaba con varios cortes transversales que completaban el proceso. En el taller no había máquinas de coser, pero en esa época había muchos artesanos sastres. Con este método podía cortar en menos de veinte minutos de doscientos a trescientos pantalones. Ideas quiere la guerra.

Esto pasó hace un poco más de cincuenta años. Y quizás por ser algo tan cotidiano para un gran personaje, no creía necesario, este escritor, hablar de algo tan familiar como esta empresa de Schafik, veintiséis años; que se financiaba los estudios de Derecho en la Universidad de El Salvador (llegó hasta el 5° año).

Puedo recordar de la casa taller a una madre solícita, y a dos bebés, una niña y un niño, Linda y Jorgito se llamaban. También recuerdo que Schafik se servía la comida

en una bandeja de metal. Era evidente que por su trabajo físico necesitaba alimentarse bien. Ante mi pregunta por qué no usaba un plato se tiraba una carcajada. Alguna vez, el estudiante de Derecho de veintidós años, autor de estas líneas, compartió su hora de comida. Punto aparte debo decir que este líder político gozaba de un gran sentido del humor, su mal humor solo fue fama perversa interesada y aunque no le incomodaba, pienso que se cometió un error al no darle importancia a un rasgo tan humano, de su personalidad.

El origen de mis visitas tenía que ver con la organización estudiantil de Derecho que se estaba fundando y que luego se extendió a toda la Universidad de El Salvador. Aun no había pasado otros acontecimientos que nos golpearon en común: dos años después compartimos exilio en Guatemala (1960) en un camión militar que nos dejó en Jutiapa (éramos cuatro estudiantes universitarios). La seguridad salvadoreña nos «recomendó» como un grupo de cubanos peligrosos; pero logramos convencer al coronel, jefe de la plaza de esa ciudad guatemalteca, sobre nuestra nacionalidad salvadoreña y la calidad de estudiantes universitarios. Incluso esa misma noche nos abrió la celda para que pudiéramos salir al parque a escuchar un concierto que daba la banda municipal. Vigilados por supuesto. Esta historia terminó en San Marcos, cerca de México, con la ciudad por cárcel.

Regresamos tres meses después de un golpe de Estado similar al de 1979, jóvenes militares y civiles. Tres meses después, ante



Portada del libro «Un golpe al amanecer» del escritor Rodrigo Guerra y Guerra.

la distorsión del golpe, volvimos a ser expulsados a Guatemala.

En verdad, los exilios necesitan una nota más extensa, no porque sean más importantes sino por ser más complejas las experiencias. Vuelvo a los «Pantalones Mariscal», hecho que tiene mucho que ver con la poética de vida, digna de registrarse en un personaje público. Pues la realidad está hecha de gestos cotidianos sin los cuales no hay gestas épicas, como las de este líder salvadoreño persistente y tenaz en su lucha por la justicia social y que si pudo equivocarse en tácticas y estrategias, nadie niega su no-

bleza, su sacrificio, honestidad y lucha por un cambio en El Salvador. Ni siquiera sus enemigos políticos lo ponen en duda.

Termino lucubrando sobre el nombre «Mariscal» de los pantalones. En ese tiempo no le di importancia, pero muchos años después, reflexioné sobre la única razón, para que un universitario enemigo de la jerarquía militar, nominara su empresa «Mariscal». Se refería a quien dirigió la victoria contra el fascismo alemán, José Stalin, grado de mariscal, uno de los Tres Grandes junto a Churchill y Roosevelt.

El jefe soviético recibía elogios como el salvador del fascismo («mi amigo Joe», le decía el Presidente Roosevelt; equivale a Pepe en español); fascismo que según Hitler se extendería al mundo por más de mil años. No fue así, pues terminó suicidándose seis años después que invade la Europa del Este.

Al mariscal Stalin, por su parte, después de ser considerado un Dios, (su funeral tuvo cientos de muertos, asfixiados y aplastados contra los camiones militares que servían de muros de contención para los moscovitas presas de dolor; narrado en un poema crítico de Eugenio Evtushenko). Años después, le fueron reveladas sus desviaciones al despotismo desde el poder y por crímenes ocultos. Tristemente célebre junto con Hitler.

Valga la lucubración sobre el nombre de la empresa, aunque lo importante es destacar el rasgo de trabajador en una memoria histórica de Shafick.

Desde América Central, octubre 16 de 2009

UN MONUMENTO...

Anna Delmy Amaya

I
Como ave migrante
llegué del legendario pueblo,
donde las piedras dibujaban sueños.
Y las «chorreras» de lluvia corrían a
lo incierto.
Vengo del amor,
del soplo que corrió para no perder su
espacio,
de la maratón por la vida,
del umbral del primer amor,
del beso del viento,
del canto del jilguero
el dichoso fui y el
cenzontle
Vengo de ahí donde la tristeza nunca
tuvo cabida.

II
Fui el sueño de alguien.

rebelde, inconforme, pero diáfana;
cortaba margaritas y
deshojaba el amor,
ansiaba el beso del sol,
soñaba mariposas, gorriones y
orquídeas,
luchaba por llevar a la cumbre un
barrilete,
y tomaba la mano de mi padre para
ir a la escuela.
Sí, vengo de sentir las gotas de lluvia
sobre la cara
de extrañar sonrisas
y de imitar al poeta que se perdió en
la noche

III
Ahora mi horizonte es taciturno
Reinan en él, otoños pardos de
hojarascas,

manos gastadas,
y la identidad borrosa.
SI, aquí donde remiendo con versos
los espacios largos
que siguen ensamblados a la casa de
infancia,
al sol que despejaba la vida,
al viento que presagiaba dichas.
AQUÍ Y AHORA en esta
patria descalza
donde la vida se cansa,
se despliega,
se expande,
se gasta
donde no hay mariposas, ni gorriones
libando
donde esculpí un monumento con
ropaje de tiempo,
con un sueño colgado en los ojos
y un recuerdo enredado en el pelo.

Anna Delmy Amaya. Sensuntepeque, graduada de la Universidad de El Salvador como Licenciada en Letras. Trabaja como investigadora adjunta en investigaciones de proyectos socio culturales y literarios. Fue reportera de la legendaria **Crónica del pueblo**. Es catedrática universitaria en las áreas de Lingüística, Literatura salvadoreña y otras.

Cayetana lloraba miel

Aída Párraga | Escritora, actriz y poeta salvadoreña

Cayetana se subía la falda con la esperanza de que su dorado pubis lograra distraer la atención de los curiosos que hacían cualquier cosa por verla llorar; y es que Cayetana lloraba miel, de oro, densa, de ese panal que solo tienen las mujeres entre las piernas y el corazón. Las lágrimas se le iban escurriendo desde la punta de las pestañas en lentos y pegajosos hilos que terminaban por cubrirle toda la cara, claro que había aprendido a no restregarse los ojos, eso era peor ya que terminaba toda envuelta en miel.

Sus padres también habían llorado mucho, por cada lágrima que brotaba del oculto panal de Cayetana ellos derramaban incontenibles cataratas que primero inundaban la casa y luego, como inquietas serpientes de escurridiza plata se escabullían por las rendijas de las puertas, por los orificios de las llaves, por las ventanas, por las grietas, por los agujeros de los ratones y por los caminitos que las hormigas iban marcando, corrían por las cunetas de la calle y se perdían en el primer tragante que se atravesara en su camino, siempre buscando el mar, el inmenso mar al que pertenecían.

Mamá se dio cuenta de que Cayetana lloraba miel la noche que la parió, es más, desde que le comenzaron los dolores de parto sabía que algo andaba mal con esa criatura, aunque era su primer alumbramiento, algo le decía que los nueve meses que Cayetana había pasado en su barriga no habían sido del todo normales, más bien fueron bastante extraños porque a mamá se le dio por vivir rodeada de flores... Y por comérselas.

Cayetana sabía con exactitud el día y la hora en que fue concebida. Aquella noche su padre había llegado contento, eufórico, por fin le habían mejorado el salario en la fábrica y tenía ganas de celebrarlo, por lo que le compró a mamá un ramo de flores rojas y amarillas. Después de cenar, papá se quitó la ropa en el comedor y ante la sorpresa de mamá, le ordenó que se desnudara también, luego la sentó en la mesa y, con la varita mágica que tiene los hombres, le empezó a hacer trucos a mamá. «Cómete las flores» le dijo, y ella, como toda buena esposa obedeció. Se fue comiendo los pétalos uno a uno y con cada pétalo que comía sentía que la varita mágica le iluminaba el cuerpo desde adentro hasta que se convirtió en luciérnaga. Brilló toda la noche y las sábanas quedaron manchadas de un polvillo dorado... No había duda, las flores amarillas sabían mejor que las rojas.

Por eso el pelo, la larga cabellera de Cayetana era amarilla, como los vellos que le cubrían el cuerpo. Como los ojos y las pestañas, como el suave y mullido matorral de su pubis; los pétalos rojos fueron menos pero alcanzaron para los labios y las mejillas.

A pesar de lo hermosa que era de bebé, su



existencia fue un castigo para nuestros padres, no importaba cuán cansados estuvieran, no podían dejar sola a la niña ni un momento. Siempre recordaban aquella noche en la que habían caído rendidos en la cama y no la escucharon cuando comenzó a llorar, sino hubiera sido por los estruendos rayos, la tragedia hubiera cubierto con su manto gris y salado a mamá y papá; fue él precisamente el que se despertó con una de las descargas eléctricas celestiales y entre que se acomodaba nuevamente a la cintura de su mujer, alcanzó a escuchar los sollozos de su hijita, lo que más le preocupó fue un sonido, un murmullo que ahogaba el llanto de Cayetana. «¿Oyes?» Le preguntó a su mujer. «Es la niña, ve a ver».

A regañadientes mamá se levantó medio dormida y tropezando con el banquito que estaba al lado de su cama y tres minutos después lo hizo papá debido al grito de horror de su mujer.

Cuando llegó al borde de la cuna encontró a mamá con la chancleta en la mano a punto de golpear al monstruo que es había comido a Cayetana. «No seas loca» la reprimió. «Son sólo cucarachas». Cientos de ellas cubriendo el cuerpo y la cuna, comiéndose colchita y pijamas, mordiéndole las rubicundas mejillas, ¡miles de asquerosos bichos! Papá se dedicó a quitárselas de encima, a bañarla y cambiarla, a curarle el montón de pequeñas mordidas que le habían dejado por toda la piel mientras mamá vomitaba las flores de la cena.

«Tienes cara de cuca» le decía papá cuando fue más grande y le contaba la

historia de cómo la había salvado.

Cayetana conoció la maldad del mundo a muy corta edad cuando en el kinder, el precoz del grado le explicó la acepción más popular de «cuca»: «Es por donde haces pipí» le dijo y todos los compañeritos gritaron en coro «¡Cara de cuca, cara de cuca, cara de cuca!» y lo hicieron desde entonces cada vez que querían miel para sus panes. Los maestros, aunque más discretamente, también encontraban maneras de mortificar a la pequeña, sobre todo la niña Gertrudis, que creía que tomar tres cucharadas de miel al día la mantendría joven.

Cuando Cayetana desarrolló, sus padres sintieron gran alivio al asegurarse de que lo que brotaba de dentro de su hija, no era miel. Tampoco hay que pensar que todo era normal, porque si bien aquel líquido era rojo, tenía un intenso olor a violetas y en los tres o cuatro días del mes en que su cuerpo evacuaba aquella olorosa sangre, bastaba con que Cayetana tocara una planta para que floreciera o diera frutos. Por supuesto este prodigio lunar también fue causa de terribles vergüenzas: Todo el mundo, hombre y mujeres, se enteraban de que andaba en esos días y, como si esto fuera poco, la varita mágica de los hombres que se le acercaban, empezaba a moverse por sí sola y crecer y crecer y crecer, hasta salirse del lugar en que las guardan tan discretamente. Por eso, en esos días, Cayetana se encerraba en su casa y esperaba a que se le pasara, mientras mamá comía más flores que nunca.

Un día a alguien finalmente se le ocurrió

que aquel fenómeno «cara de cuca», podía ser de beneficio, y aunque la ahora joven Cayetana era bella, radiante, con el pelo y los ojos de miel, seguía inspirando temor en sus vecinos, sobre todo en los hombres, quienes no querían saber nada de una mujer que lloraba miel y enloquecía varitas mágicas con su olor de violetas; pero a Tránsito eso no le importó cuando tuvo la suficiente sangre fría para evaluar los beneficios: «Podemos embotellar miel y venderla como remedio milagroso contra la vejez... para eso encargamos a la abuela Gertrudis que tiene 175 años y parece de 60...» Pensó. «Y la tierra-esa que le habían dicho que era maravillosa y, que al final, resultó ser un desierto-ahora sería el huerto más codiciado de la ranchería, de la provincia... Del país... ¡DEL MUNDO!

Y se casó con Cayetana.

Después de la ceremonia, que se llevó a cabo entre murmullos y miradas desconfiadas, hubo una pequeña fiesta a la que asistieron más curiosos que amigos, sin embargo, en el fondo, todos pensaban que Cayetana se merecía un poquito de felicidad, y aunque que les costaba creerlo, quisieron pensar que el matrimonio se la daría.

Al llegar a su casa, Tránsito no quiso esperar a que se cambiara y la hizo llorar, tenía listos los barriles: «Eres un fenómeno»-le decía-¿Cómo crees que te voy a tocar? Y ella, aun vestida de blanco lloraba y lloraba... Tanto lloró que alcanzó a llenar diez barriles que el dichoso marido tenía preparados, cuatro guacales para remojo, 17 botellas de aguardiente, 8 vasos y tres floreros... hasta que se durmió.

Tránsito esperaba la hemorragia de su mujer como el resto de agricultores esperan las primeras lluvias y para su gozo, esta llegó puntual, como todos los meses, en cuanto sintió el enervamiento de su varita mágica, sacó a la mujer de la cocina, la hizo quitarse el calzón y caminar por toda la extensión de tierra que le pertenecía... Sin embargo, en su ambición, no evaluó los peligros que podría enfrentar: Su varita mágica empezó a crecer y crecer y crecer y la estrella que corona su punta a convertirse en una brasa, a quemarlo, a buscar sin control el remanso de Cayetana, a enredarse por las piernas, a buscar su pubis de miel, a convertirla en luciérnaga maravillosa y maravillada... Y sí, Cayetana por fin fue feliz y sintió antojo de flores cuando arreglaba los ramos que adornaban la tumba de su difunto Tránsito. La varita mágica lo ahorcó, mientras ella iluminaba la tierra como mágica luciérnaga desnuda y dormida.

Una mirada a los años sesentas Las fiestas de San Juan Nonualco

Wilfredo Mármol Amaya | Psicólogo y escritor salvadoreño

Una de las diversiones más agradables, en los años de nuestra infancia, fueron las fiestas de San Juan Nonualco que se realizaban para el tres de mayo, se celebraba el día de la Cruz. Nuestro abuelo Faustino Merino, quien murió el 30 de marzo de 1967, nos llevaba a pie desde Zacatecoluca, una columna de hormigas felices se enfilaban a lo largo de los tres kilómetros, se hacían un alto en «La Ceiba» a la mitad del camino para beber agua, tomar un descanso y seguir alegres el desfile. En el pueblo de San Juan participábamos de la procesión de las «Palancas» donde las frutas eran paseadas por los campesinos en unos troncos, y al final eran repartidas entre la gente del pueblo; era un agradecimiento a Dios por la cosecha, según la religiosidad popular.

Pero lo más agradable para los niños y los adultos era ver la «Danza del Tigre y el Venado», los que la veían por vez primera les daba miedo y se corrían muy lejos de los viejos; porque daban la sensación que agredían a los niños; las mujeres también corrían con sus enaguas nuevas y cartera en manos, la razón era que la «Vieja» las tocaba y les decía cosas «vulgares»; a los niños el «Viejo» les metía el cuchillo de palo en medio de las nalgas; cuando en forma desprevenida los agarraban, el Viejo les decía: «chuucho». El más gracioso era «El Tigre» porque era más bailarín y además tenía una mirada triste, la gente a este personaje casi no le tenía miedo; el «Venado» era el que más bulla hacía de todos, emitía un sonido de un animal que hacía suponer a un venado sufriendo o en busca de señales ante de peligro, «UUUUH», «UUUUH», se le oía, cuando al mismo tiempo daba un golpe con el cuero de venado, que formaba parte del tradicional atuendo del personaje; no faltaba el señor del tambor que animaba con su «TOTO-TON; TO-TON TOTONTO».

Esta tradición que ha divertido a sinnúmero de generaciones, tiene su origen, probablemente en los años posteriores a la colonia española. Una narración de un autor anónimo, recoge la historia, que a continuación se presenta de manera íntegra y sin modificaciones: «...Ya hace mucho tiempo, cuando San Juan Nonualco era un puñado de ranchitos de paja dispersos por los cuatro puntos cardinales, cuando aún no había postes donde ponerlos; cuando todavía no se anunciaba la hora del engendro. Dentro de ese puñado de ranchitos se encontraba Don Pedro de la O, hombre famoso en el lugar por ser buen cazador, ya que donde ponía el ojo, ponía la bala. Aquel día amanecido era espléndido. Precisamente era un día de abril, último mes del verano en aquellos tiempos, e invitaba a Don Pedro a una incursión por aquellas selvas. Se alistó con su escopeta y demás enseres para salir de caza. Al filo del mediodía, con su equipo de perros, se internó en aquella montaña de Dios. Se dirigió a lugares buenos para cazar. La suerte le proporcionó en uno de los recodos a un hermoso



La danza del Tigre y El Venado en la Casa de la Cultura de Zacatecoluca.

venado. Caminando sigilosamente hace callar a los perros, apunta y dispara. El venado dobla sus patas delanteras y queda tumbado, un hilito de sangre le cubre la parte media de la cara.

Los estertores de la muerte hacen mover violentamente aquel cuerpo salvaje, esto no dura mucho y luego viene la inmovilidad. El señor de la O pone el cadáver sobre sus hombros y emprende el regreso. Ya la noche ha dejado caer sus alas negras en el ambiente. La caminata era penosa debido al peso del venado.

Al llegar al paso de la Zorra, baja su enorme trofeo para pasar un cerco, lo traslada y, finalmente, lo carga sobre su hombro. Ya reiniciada la caminata cuando un gran tigre le cae encima, pues de seguro lo venía siguiendo. Don Pedro quedó debajo de la bestia. Empezó a luchar pero sin ningún resultado, los perros ladraban y se abalanzaban sobre el animal en defensa de su amo. Nada lo detenía. El señor de la O, ya agotado por el esfuerzo inútil y la hemorragia de las heridas recibidas, clama ayuda desesperadamente al Señor de la Caridad. El tigre se detuvo como si hubiera caído una descarga eléctrica, arrastró el cadáver del venado devorándolo en una santiamén; dio muchas vueltas alrededor del desmayado don Pedro y se alejó hacia la selva.

El día siguiente, desmayado y herido lo encontraron los campesinos, fue llevado a su casa y curado. Cuando ya estuvo repuesto, don Pedro prometió presentar su caso, pero en vivo, escogiendo las fiestas de mayo para hacerla, en honor del Señor de la Caridad, desde entonces sale la mascarada del tigre y el venado, en la cual el viejo representa a don Pedro; la vieja a su esposa y el tigre a la bestia que atacó a don Pedro. Esta es la historia.

A partir de esa primera actividad, como parte de la promesa de don Pedro, en la celebración del Tigre y el Venado, los niños se aglutinaban alrededor de ellos para verlos bailar, «chabacanear», perseguir a las muchachas, hasta ver como el tigre es muerto por la escopeta del viejo; una vez muerto los niños y adultos hacen un círculo alrededor del muerto para ver la descuartizada y el

reparto de las partes y órganos del cuerpo del tigre, de una manera muy peculiar; correspondiéndole un pedacito a los personajes importante del pueblo, logrando a través de entregas a base de rimas y coplas populares, y repartidas y anunciadas por el viejo, y repetida la copla por la vieja; Así por ejemplo:

La cabeza... para la Teresa;
Los ojos para los patojos;
Las cejas para las viejas;
La nariz para el peche Luis;
Las jachas para las muchachas;
La jeta para la Enriqueta;
La degolladura para el Señor cura;
El sobaco para Paco;
Lo que le guinda para la Hermelinda;
Lo de atrás para el Juez de Paz;
El pico para chico;
Lo de adelante para el señor Comandante;
El culo para Angulo;
El desperdicio para los hijos de chicho;
Las patas para las beatas; etc.

Al terminar la repartición el hombre del tambor lo toca fuertemente para reiniciar el juego, momentos en que los niños salen a todo «galope», para no ser alcanzados por el tigre.

Bueno es agregar que cada generación va identificando a sus personajes, allá a los años no deja de sentirse cierta nostalgia cuando, otro hombre sustituye a uno de los personajes; que es el aviso que ya está muy pasado de edad o que ya se murió, y aparece otro hombre en su lugar, para iniciar un nuevo ciclo en la tradición, haciendo prácticamente los mismos movimientos, gestos, dichos, dando la impresión que se tratase de la misma persona, pero no, la fiesta tiene que continuar, y la tradición debe seguir. De repente la gente se da cuenta, cuando esto sucede, que los años han pasado y que ya eres adolescente o adulto. Bien dice el dicho popular «que recordar es volver a vivir» y viene a nuestra memoria la celebración que disfrutábamos los niños y niñas de esos años, tanto en Zacatecoluca como en San Juan Nonualco.

De igual manera, durante los primeros días del mes de agosto, se llevaba a cabo las pro-

cesiones de la Virgen del Tránsito, una figura diminuta que era paseada por las principales calles, donde los menores llevábamos prendas que se distinguían por sexo, las niñas alzaban con su mano un palo con una flor en la punta, elaborada de papel «china» de colores y los varones figuras de «pajaritos» y «palomas» hecha de papel, tipo piñatas, a cual más bonitos... las niñas solían hacerse acompañar de cestitas con flores. Era una verdadera fiesta, ver la estampa de la virgen del Tránsito al centro y a su alrededor el jardín de las futuras flores de virola.

En San Juan Nonualco, Mariano «El Perico» famoso personaje a quien tuve la oportunidad de conocer en el año de 1979 cuando me incorporé a mi primer trabajo formal, ya como empleado público en el Mercado Modelo de San Salvador, me lo encontré en San Juan, de donde es oriundo, y nunca dejamos de ser amigos. Mariano era el personaje que le tocaba el tambor durante el recorrido de la Virgen del Tránsito en San Juan. Un sábado 1 de septiembre de 2007, me lo encontré en el mercado de su ciudad y le pregunté, que un domingo de agosto no lo aprecie durante el recorrido de la virgen del Tránsito y que el tambor lo tocaba el Juez de Paz Alirio Orantes, conocido como «El hijo del Padre» en referencia a sus años de monaguillo en los tiempos del bendito sacerdote Cosme Spessote y quien fuera vilmente asesinado en los años de la guerra por los escuadrones de la muerte orquestados desde el cuartel de Zacatecoluca.

Esa mañana Mariano me dijo: «Alirio de todas manera no sabe la clave del toquido del tambor», y cuál es Mariano le pregunte, te lo diré en secreto sólo para vos Wilfredo porque sos mi amigo, y sentenció la tonada que debe seguirse detrás de los versos: «*Muchos tamales pocos café, para los indios de San José...*» esa es la clave del toquido, me confirmó de nuevo, y agregó, antes había otro que era «cotton y sabana, cotton y sabana»

Esas eran parte del océano de diversiones de cuando nos toco ser niños y niñas en medio de las flores, del cántico de los pájaros, en medio de tanta gente linda, muchas veces mancilladas por los gobiernos de turno y el militarismo.

Ojala que el internet y el chat no priven a nuestra juventud salvadoreña, el futuro de la patria, de escudriñar sus raíces culturales, porque como decía el poeta Roque Dalton «el pueblo que no revisa su historia está condenado a cometer sus mismos errores»; por el momento viene a mi memoria doña Tránsito Renderos Piche, una de las últimas mayordomas de la danza del tigre y el venado, mujer ejemplar que a años de su muerte continua siendo testimonio vivo de la entrega en la construcción de un mejor país, con justicia económica, política y social. Que así sea.

Pasajero del aire

Mateo Morrison | poeta y escritor dominicano

Ahora sí me voy, montado en tu silencio, atravesando las palmas que me sombrean el mundo. Ensillaré el caballo que derribó a mi abuelo, quien trató de escapar de los grilletes de la esclavitud. Ahora sí me voy, orillando los polos, el del Norte y del Sur, en un navío de árboles. Me iré en ese tren en el cual las miradas de quietos pasajeros te hacen sentir distinto. En una estrella nueva, prometo que me iré, adherido a su luz. En una embarcación iré, con su tanque de lastre librado de guardianes. En uno de los navíos que llegó a Troya. En el último espacio libre del Arca de Noé. Me montaré en el primer asno que visitó el sagrado pesebre. En la botella que tiró al mar el poeta, pasearé por todos los océanos. Mitigaré mi hambre de sueños en las pampas y retomaré el aliento de vida en una incursión infinita a través del Amazonas. En la punta de un avión sin piloto me trasladaré. En el barco en que los patriotas se despidieron en el Ozama, acusados de traición. En el primer vuelo hacia un planeta recién descubierto, haré mi travesía. En cuálquiera de las tres naos que nerviosas arribaron a estos lares, me mudaré hacia otras tierras florecidas de nieves. En el ojo del huracán me iré a descubrir las islas de un mar casi invisible. En uno de esos galeones donde mis ancestros desde el mar contemplaron alejarse sus tierras. En la goleta que desafió el tsunami y siguió navegando hacia una tranquila playa. En el claro estallido de un volcán, yo me iré, danzando entre sus ríos de lava incandescente. Subido en un camello, mojándome de sol. En una embarcación cargada con púrpura y cristales me iré con los fenicios. Cabalgando en el lomo de una ballena jorobada, navegaré las misteriosas ondas que aceleran y duplican el mundo desde la Internet. Colgado de una cuerda que oscile sobre el orbe, caeré en el río en cuyas raudas aguas Heráclito nadó una infinita vez. Montado en el sonido que emitió la vía láctea. Por el grito que anuncia el parto de una nueva criatura, yo juro que me iré. Entre aullidos, balidos, lentos mugidos, cruzaré los campos. Por el sonido que producen las raíces al expandirse en la tierra. A través de la Muralla china aprehenderé los misterios de Oriente y su arte. En un deslizamiento por la Cordillera

Central dormiré una siesta inolvidable. En una bicicleta adornada de flores recorreré el universo. En la gota de agua que define al rocío y lo puebla de enigmas. En el ataúd que pasa envuelto en la bandera. En un triciclo lleno de frutas. En el oleoducto, que como río subterráneo atraviesa las piedras poblándolas de vida. En un camión cruzando la frontera con indocumentados, una madrugada de diciembre. En una lancha rápida burlaré los asedios de la aurora. Me iré, aunque dure los 25 millones de años que necesitó el *Homo habilis* para hacerse neandertal, y continuaré por las distancias que recorrió a través de vientos y superficies multicolores hasta que el ser humano arribara al Neolítico para poblar las diversas regiones de la tierra. Veré la extinción del Mamut y los dinosaurios. Auscultaré en el Nilo, el Tigris y el Éufrates, la confección de los tejidos, el desarrollo de las artes y el despertar de las civilizaciones. Iré entre las hormigas, y cumpliré mi castigo por violentar las leyes del tiempo y del espacio. Desde África, Persia, Asia Menor y Turkistán observaré la caída del último vestigio de los sueños. Inventaré el calendario solar de los aztecas que regula el tiempo de la siembra y la cosecha del maíz divino. En el monte Sinaí presenciaré cuando Moisés recibe la tabla donde fueron escritos los diez mandamientos. Me recostaré rodeado de paz frente a la estatua de Buda y reinventaré con respeto la imagen invisible de Mahoma. Saltaré sobre los techos horizontales y las bóvedas semicirculares del arte medieval. Me detendré en la inauguración de las olimpiadas, y Fidias me guiará para admirar la Estatua de la Noche en el templo de Artemisa. Desde la sombra de Aquiles en Macedonia me iré a ver al hijo menor de Príamo haciendo el amor con la esposa de Menelao, y buscaré un asiento en la expedición organizada por los griegos; contemplaré la ligereza de Aquiles y los suspiros de amor de Helena, acariciada hasta iniciar la hermosa guerra. Entraré con Ulises a Ítaca a través de mares y litorales tras haber cultivado la paciencia, donde Penélope me espera después de veinte años. Veré a Prometeo encadenado y sobre su tragedia lloraré cual actor solitario frente a un coro en escena. Si-



Galeón holandés del s. XVII. Brueghel el Viejo

guiendo las huellas de un canguro me iré a contemplar el nacimiento de los animales más extraños. A través de un murciélago cruzaré por las cuevas en una noche de mil años. En la última nave enviada al Sol me iré rumbo a los rincones más lejanos de este vasto universo, divisaré la Tierra como un grano de arena, más allá de los astros que jamás percibimos. En las alas de las mariposas de San Juan arribaré a la Sabiduría, por las rutas trazadas por Platón y Aristóteles. Caminaré los versos de una oda de Horacio, conoceré a todos los que han hallado el laurel y la muerte. Tomado de la mano de las servidoras de misterios buscaré las cenizas amadas que custodia el barón del cementerio. Tomaré la vía conducente al lugar donde Dante, seguido de la silueta de Virgilio, arriba al infierno, al purgatorio y hasta el paraíso, donde la bella Beatriz Portinari le acompañará. Sacudiré códices en la biblioteca de Alejandría. Descenderé por la senda de los faraones a contemplar la batalla entre Horus y Set y podré presenciar entre las hierbas el origen de los cereales. Me trasladaré con arco y flecha a cazar venados en montes neblinosos. Tomaré el asiento en el que Rosa Parks entró en la eternidad. Tocaré los barrotes en los que Nelson Mandela logró la libertad de todo un pueblo. Escucharé el silbido de la onza de plomo que atravesó la

vida de Martín Luther King. Tocaré con mis manos incrédulas las amargas sustancias que hicieron perecer a Sócrates y a Marilyn Monroe. Con la última gota de sangre que derramó Mahatma Gandhi y la piel de los cristianos en el circo yo escribiré la historia. Recorreré como un fantasma a toda Europa. Marcharé a Wall Street a contemplar el surgimiento de la crisis mundial. Permaneceré en ayunas en la Basílica de San Pedro, y me iré en una góndola a conocer Venecia. Me detendré en París tras recorrer ciudades de cinco continentes. Montado en Rocinante llegaré hasta los campesinos que crean con sus brazos trigales y viñedos. Pasajero del aire sentiré la variación del clima y el deterioro del ecosistema. En el Mar Negro conversaré sin legiones romanas con el poeta Ovidio. Perdido en la magia de un Haiku, comprenderé que el arte reinventa la naturaleza. En un caligrama de Apollinaire captaré cómo la poesía reescribe la pintura. Empezaré la ruta que inició el Granma en México, para encauzarse hacia la mayor de las Antillas. Recorreré la vía diseñada desde el Sputnik hasta que Neil Armstrong instaló la presencia humana en los anillos de la Luna. Me enlistaré en el ejército que completó la hazaña de los 10,000 kilómetros en la gran marcha. Me sentaré a llorar, desde una isla despoblada, los bombardeos a Hiroshima y Nagasaki. Miraré desde la Estatua de la Libertad y el Palacio de la Moneda a los caídos del 11 de Septiembre. Abrazaré cada uno de los cadáveres de los niños y niñas bombardeados en la franja de Gaza y sentiré el pánico de las madres en la frontera con Israel. Atraído por los roncacos sonidos me iré al centro de África para disfrutar la creación del tambor.

Porque no puedo ser solamente una estatua que respira. Por eso, el silencio congelado me invita a recorrer nuevos caminos. Juro que me iré. En el sonido de una voz que reconozca la mía. Detrás de una sonrisa que interrumpa este sueño. Aseguro que me iré a través de todas las experiencias amorosas, desde el Kamasutra hasta El Arte de Amar, en esta mañana donde nuestros cuerpos inventaron una sola existencia. A pesar de todo, juro que me iré.

DIRECTORIO

Director de Diario Co Latino
Francisco Elías Valencia

Suplemento Cultural Tres Mil,
Diario Co Latino
23a Avenida Sur # 225,
San Salvador, El Salvador, C. A.

Teléfono: (503) 2271 0822
Teléfono: (503) 2222 1009

Coordinador general | Editor | Diseño y diagramación: Otoniel Guevara

Coordinador Aula Abierta:
Vladimir Baiza

Investigación y archivo: Roberto Deras

Entrevistas: David Juárez

Información: Mauricio Vallejo Márquez

Graficidad: Camilo Fonseca

COLABORADORES

En El Salvador: Tomás Andreu | Edgar Alfaro | René Chacón | Néstor Durán | Alvaro Darío Lara

En el mundo: Carlos Ábrego (Francia) | Luis Manuel Pérez Boitel (Cuba) | Javier Campos (Estados Unidos) | Norman Duglas (Panamá) | Gabriel Jaime Caro (Colombia) | Víctor Rojas (Suecia) | Silvia Favaretto (Italia)

Las opiniones vertidas en los textos son responsabilidad de sus autores. No nos responsabilizamos por la devolución de originales no solicitados, ya sean textos o imágenes en cualquier soporte posible. Toda colaboración deberá enviarse por correo electrónico a:

culturatresemil@yahoo.com.mx

